

Una razón de peso puede ser
buscar la sobremesa
en la que dormitamos juntos
mientras voces de fuera
transparentan su furia.
El sueño es un consuelo
para nuestra virtud cansada.
Estar así a solas entre nosotros
es descubrir nuestras razones
para pasar inadvertidos.
Buscar el escenario
donde acomodar sin gran aspaviento
los huesos y la vida.
Y un viejo encantamiento
que todavía hoy perdura
rozándose con calma
sobre la piel desnuda.
También amanecer
aun con la vista ya cansada
y las voces enronquecidas.

Mayo es una razón
como marzo y enero
y tanto como el cruel noviembre.
Sé que habrá más meses malditos:
aquéllos que arrebatan
a quienes más amamos.
No sé cuál me estará reservado
pero en lo que llega
buscaré otra razón de peso
para vestir los meses
con árboles profundos y con sombras
que protejan mi luz
prestada y pasajera
en lo que vivo.

La soledad es una amante
que no me puedo permitir.
Una grave razón sin duda
para probar a hacer mudanza
en mi caligrafía.

Para no llegar pronto
demasiado pronto al futuro.

Si quieres saber de mí
busca en mi cuaderno de hojas blancas
esos apuntes que la vida
allí ha anotado y los versos
que el tiempo va ensayando
como un mensaje cifrado
para sacarle brillo a cuanto ocurre.

Si tienes sed al borde de un desierto
y no te atreves a cruzarlo
sin un oasis cerca
que te sacie la memoria
pídele prestada una palabra
a un poeta nómada
a un samaritano de versos
que aparezca en una duna
y bébetela a sorbos
como se bebe a veces la vida:
sin razones
¿para qué complicarla?

No puede haber respuesta
para un letrero en medio del camino
que señala un mar imposible
de navegar con una brújula
sin memoria y sin razones.

No hay respuesta para las arrugas de la voz
para el gorjeo escaso de un gorrión
atrapado en una pequeña excusa
y un empeño inútil.

Hoy no hay lugar para el engaño
ni importan las respuestas.

Levantarse un andamio
para forjar muros de carga
lentos de juventud
que soporten malas razones
y los vacíos que la vida impone.
Una pared que separe los hilos
mal hilvanados del invierno
que llama a nuestra puerta.
Y un tejado que cubra
de las inclemencias feroces
del tiempo recordado
y de la nieve de los días.

Levantarse un palacio
sobre el jardín
desarraigado de la edad.

No somos nunca lo que fuimos

Chantal Maillard

Hay que ventilar el aire de tu cuarto
abrir bien las ventanas cada día
para ahuyentar el sueño
de un viejo cenicero
que recogía los rescoldos
oscuros de la vida

porque el recuerdo no es lo que vivimos
sino lo que creemos
que hemos vivido.

La palabra es el alma de la vida
y encuentra sola su camino
para enjaular el viento que me acecha
como un lienzo con cal en la mañana.
La palabra que aflora y la que busco
con el perfil impreciso de mi lápiz
para seguir sintiéndome
en la estela última del tiempo
que persigo
inútilmente
en lo que vivo.

Lentamente la noche empieza
a tejer con sigilo
sus migajas de soledad
y te busco entre las razones
que vivir no ha impuesto en mi camino
y entre los surcos y trincheras
de esta frágil frontera
que mide los recuerdos.

No opongas resistencia
al devenir oculto de tu historia.